

II.8

Problemas prácticos que plantea un diccionario griego: Grafía, Gramática, Lemas, Prosodia

I. GRAFIA

I. ORIGEN DEL ALFABETO GRIEGO USADO MODERNAMENTE

Todo el que trabaje en lexicografía griega, y en Lingüística griega en general, tiene que darse cuenta antes que de ninguna otra cosa de que nuestras letras griegas son una standardización más o menos convencional de las letras de un determinado alfabeto griego, entre varios que existieron: el alfabeto jónico.

En definitiva, nuestras mayúsculas provienen en líneas generales de la forma de las letras griegas del alfabeto jónico, que se hizo oficial en Atenas el año 403 a. C. después de haberse generalizado poco a poco su uso. Estas letras las encontramos en las inscripciones griegas a partir del momento en que aparecen, en los papiros literarios a partir del s. iv a. C. (papiro de Timoteo, papiro órfico de Salónica, etc.) y en la llamada uncial de nuestros más antiguos códigos griegos, desde el s. v d. C.: código Sinaítico del Antiguo Testamento, Dioscórides de Viena, etc. Luego esta uncial se modifica en el s. ix d. C. y, por otra parte, una vez desarrollada la minúscula, se usa precisamente en la función de mayúscula. Este es el uso que se fijó en los textos reproducidos por la imprenta, a partir de fines del s. xv, y el que mantenemos.

En cuanto a la minúscula, proviene de una standardización por la imprenta de la minúscula griega, que se desarrolló en Bizancio a partir del s. ix d. C. Es un tipo de letras más claro que la cursiva ya usada en época helenística en documentos privados; carece de ligaduras y, en su forma de minúscula antigua (siglos ix y x), posee una gran belleza. Es en la minúscula antigua y en la media (s. xi) más que en la moderna de los siglos xii-xv (pero también en ésta a veces) en la que se inspiraron los tipógrafos de la imprenta recién descubierta para llegar a tipos de alfabetos standard, como los que, con pocas variaciones, usan nuestras imprentas.

Así, pues, nuestra combinación de mayúsculas y minúsculas que remontan al alfabeto jónico es usada en nuestros diccionarios para notar los diversos alfabetos griegos y, dentro del jónico, las diversas maneras de escribirlo a lo

largo de los tiempos: variantes diversas de la capital o uncial, de la cursiva, de la minúscula, taquígrafía. La usamos incluso para transcribir al griego los textos chipriotas en silabario e incluso, cuando ello nos es dado, los textos micénicos escritos en un silabario predecesor del chipriota.

Sin embargo, hay que notar que nuestros signos de puntuación y acentuación no proceden del antiguo alfabeto jónico, que escribía las palabras seguidas (*scriptio continua*) sin acentos ni puntuación. Proceden de la filología alejandrina, que trataba de facilitar así la interpretación de textos poéticos y dialectales difíciles; y fueron perfeccionados por los escribas bizantinos. Es sabido que hay mucho de convencional en la puntuación de nuestras ediciones de textos griegos. Y que incluso la división de las palabras presenta problemas para el lexicógrafo. Dos ejemplos:

a) Con frecuencia es dudoso si nos hallamos ante un verbo compuesto con tmesis o ante un grupo de adverbio + verbo separados por otras palabras. A veces esto es especialmente grave para el lexicógrafo: si adoptamos la segunda interpretación el verbo ἀμφιφράζομαι en *Il.* 18. 254, deja de existir y con ello debe desaparecer el verbo de los diccionarios, pues es el único ejemplo que se cita.

b) También frecuentemente los editores vacilan en si dar como una o dos palabras un grupo tónica + átona; en si escribir, por ej., καίπερ o καί περ. Si el lexicógrafo elige la segunda solución, desaparece la palabra καίπερ de su diccionario; aunque es lógico que, dentro de καί, establezca un apartado καί περ. Si se limita a seguir la grafía de las distintas ediciones en cada pasaje, introduce con ello en su diccionario criterios contradictorios.

En cuanto a la acentuación, el sistema que se ha generalizado y que remonta también a época alejandrina, tiene bastante de convencional. Así, las preposiciones monosilábicas no llevan acento, como proclíticas que son; sí las disilábicas, igualmente proclíticas y otras proclíticas más lo llevan, es por una decisión arbitraria. Está también sometida a dudas la regla de acento concierne a las sinenclíticas (se acentúan todas menos la última), pues los manuscritos discrepan a veces: hay dudas sobre la acentuación ἔστι tras οὐ, καί, εἰ, ἀλλά, ὡς, τοῦτο; es difícil de interpretar la baritonesis de los oxítonos en la frase. Y así podríamos seguir. En realidad, como en tantos otros casos el lexicógrafo debe atenerse al uso de las ediciones que maneja, si no quiere perderse en teorizaciones que exceden de su competencia, debe limitarse a dar los datos. Por otra parte, la falta de acentos en las inscripciones hace que, cuando existe la menor duda, lo mejor sea dejar las palabras en cuestión sin acento.

2. LA REPRESENTACIÓN DE LOS DISTINTOS ALFABETOS

Transcribir en nuestro alfabeto jónico las palabras que conocemos escritas en otros alfabetos no siempre es tarea fácil; en realidad, nos vemos forzados en ocasiones a ampliar el alfabeto jónico con signos especiales, si no queremos ser infieles a la fonética y fonología de los dialectos.

Este proceder no es nuevo. La escritura de las palabras áticas con espíritu representa una ampliación del alfabeto jónico, por obra de alejandrinos y bizantinos, para no dejar de notar un rasgo fonológico del ático que el alfabeto jónico (que había dado a Η el valor de ē) era incapaz de notar. Por otra parte, los alejandrinos escribían convencionalmente la digamma como γ y β, sobre todo, a juzgar por glosas que nos han llegado.

Para estudiar convenientemente este problema hemos de distinguir las cuestiones puramente gráficas de las que son al tiempo fonéticas; y de unas y otras hay que separar las concernientes a la alfabetización y lematización.

1. Cuestiones puramente gráficas.

En el alfabeto del Sur, arcaizante, que encontramos en Creta, Melos y Tera y a veces en otros lugares, faltan las consonantes Φ, Χ, Ψ y Ξ: se escribe, respectivamente, Π, Κ, ΠΣ y ΚΣ. Podríamos convencionalmente transcribir por las letras jónicas correspondientes, pero parece preferible respetar la grafía, aunque la alfabetización se haga por el alfabeto jónico (cret. ἀμφι-, ἀδελφός se dan bajo ἀμφι-, ἀδελφός, por ej.) Ello, sobre todo, porque puede presentarse algún caso de duda; cuando hay κς por ξ, por ej., no sabemos exactamente si la κ representa *k* o *kh*, pues en ático arcaico encontramos ya κ, ya χ.

En otros casos las variantes puramente gráficas de una misma letra deben transcribirse, como usualmente se hace, por la variante standard del jónico. Así, cuando esas variantes proceden de dos letras fenicias, que el griego hace coincidir fonéticamente; caso la sigma, que se escribe ya Μ (šādē fenicio) ya Σ (šin fenicio, es decir, *s*). Otras veces, las variantes, procedentes de modificaciones locales de las letras fenicias o las nuevas que se crearon, tampoco tienen por qué reflejarse en la labor del lexicógrafo. Nos referimos a variantes como estas:

épsilon: Ε Ε Η
 eta: Η Η
 zeta: Ζ Ζ Ζ
 lambda: Λ Λ Λ
 xi: Ξ Χ Ξ
 ji: Ψ Ψ Ψ

Algunas de estas letras denotan según los dialectos distintos fonemas o grupos de fonemas; ahora no tocamos este punto, sólo decimos que no se toman en cuenta las variantes gráficas.

Pero este uso diferente de las letras según los dialectos también debe ocuparnos. Es sabido que en los dialectos occidentales la χ nota *ks*, la ψ (o sus variantes), *kh*, faltando la Ξ. En este caso se pueden usar las grafías jónicas, puesto que el problema es más bien gráfico. Con todo, no estamos absolutamente seguros de que χ note *ks* y no *khs*; es más neutral usar la grafía local, siguiendo, eso sí, la alfabetización del jónico.

Otro problema de este tipo nos lo ofrecen Paros y otras islas, que intercambian los valores de Ο y Ω. No parece que haya ninguna implicación fonética ni que, por tanto, el lexicógrafo haya de tener en cuenta este fenómeno.

2. Cuestiones con implicaciones fonéticas.

El que una letra tenga o pueda tener varios valores fonéticos según los lugares o épocas (así la Z, por ejemplo) no debe preocupar al lexicógrafo; salvo en algún caso como el de la O y Ω en Paros, debe dar la transcripción usual y es cosa del gramático entrar en el problema fonético. Su papel se limita a no dar los datos en forma tal que creen dificultades de interpretación. De ahí, la importancia de la lematización. Si nuestras fuentes vacilan en transcribir, por ejemplo, una palabra lesbia con o con ΣΔ, deben darse ambas transcripciones, pero haciendo referencia de una a otra y estudiándolas bajo el mismo lema, para que no falte el dato útil en el momento oportuno.

De ahí, que las grafías de los alfabetos locales, en su forma estandarizada, deban respetarse siempre que tienen implicaciones fonéticas.

Así, debe mantener el uso de la F, propio de tantos dialectos; el de la ϕ que, al menos en una fase antigua, se escribía ante vocales posteriores, lo que implica un valor fonético especial; el de la Ν (tsadé de Mantineia) y el de π (sampi de Efeso, etc.), que tienen también valores fonéticos propios. Y si en ático arcaico se escribe ya ΚΣ ya ΧΣ en vez de Ξ, ya ΠΣ ya ΦΣ en vez de Ψ, deben respetarse dichas grafías, que no son idénticas fonéticamente entre sí. Escribir Ξ y Ψ es descartar la existencia de formas con aspiración. La aspiración, allí donde la haya, debe notarse con *h*.

El más importante de todos es el problema planteado por la épsilon y la ómicron. Aquí se suelen cometer errores graves, transcribiéndolas en cada palabra de acuerdo con las correspondencias del ático: E, EI, H según en este dialecto correspondan e, ē o ē̄; O, OY o Ω de una manera paralela. Si sólo se tratara de distinguir entre breve y larga, la cosa sería justificable; sería introducir una precisión en el alfabeto jónico. Pero al distinguirse entre larga abierta y cerrada en dialectos que no presentan esa distinción, se falsean los hechos.

Efectivamente, es sabido que el jónico a partir de un cierto momento usó la H para notar una ē̄ que nacía de la ā y sólo luego su uso se extendió a toda ē̄ de origen indoeuropeo; y que en un área dialectal algo más extensa que el jónico-ático se creó un fonema ē̄ notada en dicho dialecto por EI. Pero hay dialectos con sólo E y otros en que H se introdujo para notar la continuación de la ē̄ indoeuropea y a veces la ē̄ de alargamiento, pero no la de contracción, y en ningún caso se usó la EI para notar ē̄. Cosas parecidas sucedieron con la O y la Ω. En estas circunstancias si una o o una ε nota una larga, puede indicarse esto escribiendo ē̄, ō̄, pero no debe escribirse ni H, Ω ni EI, OY.

En suma, debe escribirse *κασιγνῆτη* en una inscripción arcaica, de Naxos; escribir *κασιγνήτη* es perder un rasgo fonético. Debe escribirse *ἐκσῆμην* en cretense, no formas de *εἰμί* ni *ἦμί*, que introducirían una distinción abierta/cerrada que dicho dialecto no conoce.

Por supuesto, cuando se hace la transcripción al griego de palabras micénicas o chipriotas, no deben introducirse grafías que prejuzguen hechos fonéticos en el sentido del jónico-ático.

3. Cuestiones de alfabetización.

Hay que insistir en que el lexicógrafo, igual que debe evitar dar transcripciones que prejuzguen, y sobre todo que prejuzguen en un sentido falso, los hechos fonéticos y fonológicos, debe usar una alfabetización y lematización adecuadas, que impidan que por hechos de grafía queden sin conexión formas de la misma palabra.

Lo más práctico es que la *F* y la *h* se consideren como no existentes a efectos de alfabetización; que *κ* y *π* en alfabetos del Sur, cuando son aspiradas, se alfabeticen bajo *χ*, *F*; *φ*, *ν* y *τ*, bajo *κ*, *Σ* y *ΤΤ*, respectivamente; *χ* y *ψ* en alfabetos occidentales, bajo *Ξ* y *Χ*; *E* y *O* bajo *Ei* o *H*, *OY* o *Ω*, según el dialecto. Son recursos convencionales que en nada afectan a la conservación de los datos fonéticos, como tampoco afectan a ellos la lematización sobre la base del ático, a que nos referiremos.

3. VARIANTES DE GRAFÍA DENTRO DEL ALFABETO JÓNICO

Es claro que las variantes de grafía que se deben a evoluciones fonéticas de fonemas o grupos en determinados dialectos o fechas, deben registrarse en un diccionario griego. Así, las formas dorias y de otros dialectos en *-α* junto a las jónico-áticas en *-η*; las palabras en *-έννος* frente a las jónico-áticas en *-εινός*; *γίνομαι* en jónico y griego tardío junto a *γίγνομαι*; variantes áticas y de otros dialectos *ποιέω* / *ποιέω*, etc.

Todo esto no ofrece discusión y el único problema es el de lematizar en forma que sea fácil reencontrar las diversas variantes. Pero conviene hacer algunas observaciones:

a) En ocasiones estas grafías dependen de las ediciones: el texto de Heródoto o el de Teócrito, por ejemplo, difieren mucho de editor a editor a este respecto. Para Homero, la fijación dialectal de las diversas formas depende de una larga tradición que no es seguro que siempre respete el estado originario.

b) Carece posiblemente de interés el registrar en cada palabra variantes fonéticas dependiente de fenómenos muy ampliamente atestiguados. Muy concretamente, en griego helenístico los frecuentísimos fenómenos de iotacismo y los de la confusión de vocales largas y breves caen dentro de esta categoría. Aunque a veces existen dudas de interpretación: si hay una palabra con iotacismo u otra diferente. Así *μετόχλησις* 'apalancamiento' que da el editor de Hefestión Astrónomo *ζ*recubre *μετόχλησις*, de un *μετοχλίζω* homérico y poético, o es una creación en *-ησις*? Sin embargo posiblemente el mayor interés que existe para notar estos hechos, es el de orientar al lector del Diccionario sobre la interpretación de una palabra: hacerle ver, por ej., que *ἴλαντο* es aoristo de *αἰρέω* en S. Dow, *Hesperia*, Sup. 1, p. 186.

c) Con frecuencia, en inscripciones y papiros, ciertas grafías son simplemente errores; el darlas en un Diccionario, cuando sean difícilmente corregibles, tiene igual finalidad. Pero no siempre es fácil trazar el límite entre los

errores y los hechos fonéticos. Por ejemplo, para volver al griego helenístico, el frecuente empleo de *o* en vez de *α*, la confusión de oclusivas sonoras y sordas, etc., pueden responder a pronunciaciones ocasionales, bien por tendencias internas del griego que luego fueron rechazadas, bien por influjo egipcio. El que no haya quedado rastro de esto en griego moderno no quiere decir que no haya tenido una realidad fonética; aunque tampoco podemos afirmarlo siempre.

Con cierta frecuencia, formas oscuras son interpretadas como errores en la transcripción de palabras conocidas. Incluso si estas interpretaciones aparecen dadas ya en las ediciones usadas, en cuyo caso son de la responsabilidad del editor, es más riguroso acompañar también la grafía original.

4. PROBLEMAS EN TEXTOS MUTILADOS O POCO LEGIBLES

Sucede que palabras por lo demás bien conocidas se encuentran mutiladas o poco legibles en ciertos textos, tanto transmitidos por manuscritos medievales como papiráceos o epigráficos; la cita de esos pasajes, cuando se da *in extenso*, debe hacerse introduciendo los signos diacríticos pertinentes que indican la parte de la palabra que está seguramente transmitida y la que se debe a restitución del editor, propuesta de lectura de letras dudosas, etc. Naturalmente, cuando se trata de palabras raras o hapax, esta exigencia es enteramente indispensable.

Por ejemplo, una palabra ἀτερμονίη existe solamente gracias a una lectura que en mis *Líricos Griegos*, I, Madrid 1956, hago de Tirteo I, 54. El lexicógrafo que eventualmente recoja esta palabra deberá hacer constar que sigue mi edición; debe, de otra parte, citarla en la forma ἀτερμονίη, que indica que la lectura de tres letras es dudosa.

Otro ejemplo todavía: ἀγωνιστήρ existe solamente en virtud de una conjetura de Merkelbach en *ZPE* 6, 1970, p. 270 a *IG* II. 4. 1053. 30; donde la lápida da ΠΑΡΑ ...ΓΩΝΙΣ/ΤΗΡΩΝ según *IG*, él lee y completa ΠΑΡΑ [ΤΩΝΑ] ΓΩΝΙΣΤΗΡΩΝ. Es preciso hacer constar claramente que se trata de una lectura y restitución de dicho autor.

Los signos críticos que se usan en nuestras ediciones han adquirido una generalidad bastante grande, pero a veces no total. Por ello resulta conveniente indicar aquí los que parecen más adecuados; si una edición usada por el lexicógrafo emplea otros diferentes, es conveniente sustituirlos por éstos, que tomamos de las *Normas para los Colaboradores*, Madrid 1974, de la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos:

- { } Corchetes: marcan interpolaciones que el editor elimina.
- [] Corchetes verticales: marcan lagunas o partes que faltan. Se pueden suplir o dejar en blanco o llenar con el número aproximado de letras.
- <> Corchetes angulares: marcan adiciones, esto es, suplementos del editor.

- *** Tres asteriscos: indican lagunas sólo probables.
- †† Cruces: indican pasajes corruptos.
- Puntos bajo las letras: indican que la lectura es dudosa.
- [] Dobles corchetes verticales: indican borraduras, tachaduras, etc.
- └┘ Medios corchetes verticales con la parte inferior completa: indican partes lagunosas suplidas con ayuda de la tradición indirecta.
- ┌┐ Medios corchetes verticales con la parte superior completa: indican las partes de una palabra transmitidas por un papiro secundario.

Para más detalles, remitimos a dichas *Normas*. Es importante la regularidad en el uso de los signos, pues, por ejemplo, los paréntesis cuadrados son usados con significado diferente en ediciones como la de Latte de Hesiquio.

II. GRAMATICA

Tradicionalmente, el estudio de la Gramática va separado de la Lexicografía. Los límites son, sin embargo, menos fáciles de definir de lo que podría pensarse.

1. *Fonética*. El lexicógrafo debe aspirar a recoger todas las variantes fonéticas que aparezcan en los diferentes dialectos, épocas y niveles de lengua. Todo lo dicho anteriormente sobre la transcripción de los diferentes alfabetos y las grafías en general está basado en el principio de que los hechos fonéticos quedan registrados y no encubiertos. Incluso hechos no propiamente dialectales, sino pancrónicos en ciertos niveles, como son epéntesis, asimilaciones, metátesis, etc., deben quedar registrados. Aunque no sea preciso recoger todas las veces que aparecen fenómenos muy repetidos del griego helenístico y aunque, pensamos, los fenómenos de fonética sintáctica que se producen en inscripciones y papiros (también en manuscritos), en que es frecuente, por ejemplo, la asimilación de la -v final, no es forzoso que sean recogidos sistemáticamente por los Diccionarios.

2. *Morfología*. El estudio de la Morfología encuentra tradicionalmente su lugar en las Gramáticas; en realidad, precisa de un sistematismo del que carece un Diccionario. Y, precisamente por este asistematismo, no parece necesario que un Diccionario general registre todas las formas flexionadas de cada palabra o indique la falta de testimonios sobre algunas de ellas; sólo un *Thesaurus* exhaustivo de la lengua griega podría aspirar a este ideal. Parece lo más prudente que en la parte morfológica de los artículos de un Diccionario general queden excluidas las formas flexionales de tipo «regular», es decir, las comunes en ático y que no pertenezcan al grupo de las formaciones de menor sistematismo (aoristos radicales, formas de verbos polirrizos, etc.)

Las exigencias mínimas de un Diccionario general en cuanto a Morfología debería ser, en nuestra opinión:

a) Recoger, por supuesto, la totalidad de las palabras compuestas y derivadas, suministrando así datos completos para cualquier estudio sobre composición y derivación.

b) No restituir formas inexistentes o no atestiguadas. Un verbo οἶδα debe lematizarse como tal y no bajo *εἶδω, por ejemplo. Ni deben darse formas flexionadas no atestiguadas. Cuando las distintas formas que se agrupan en un paradigma conservan huellas semánticas de su independencia, deben tratarse una a una independientemente del criterio de lematización que se adopte: así, por ejemplo, en el caso de los comparativos y superlativos de ἀγαθός. Volveremos sobre esto al hablar de la lematización.

c) Recoger todas las formas flexionales anómalas en el sentido ya indicado; tanto de época arcaica y clásica como de época helenística y posterior. Es muy frecuente, en efecto, que en los apartados morfológicos de los Diccionarios griegos haya datos bastante abundantes del griego dialectal en general, pero no de la koiné: que falten, por ejemplo, formas ἐμέν, σέν en los pronombres personales o formas como ἐμισθώσαμεν, ἐμελικη, ἦλθαμεν en el verbo, que testimonian una fusión de los dos tiempos aoristo y perfecto.

El lexicógrafo puede, al tiempo que despoja los textos buscando léxico, prestar una gran ayuda al lingüista recogiendo formas flexionadas olvidadas, eliminando otras puramente fantasmas, etc. A su vez recibirá ayuda no solamente de los Índices de Colecciones y Gramáticas de los textos dialectales, epigráficos o literarios, sino también de Gramáticas generales (véase, por ejemplo, el tomo III, de Índices, de la de Schwyzer), de otras muchas especiales (por ej., la de Mayser sobre los Papiros Ptolemaicos) y de una abundante bibliografía lingüística. En lo relativo al verbo, que es el capítulo más complicado, conviene tener siempre presentes tres repertorios que, si no completos, sí resultan muy útiles:

W. Veitch, *Greek Verbs irregular and defective*, Hildesheim, Olms, 1967.

J. J. Bodoh, *An Index of Greek Verb forms*, Hildesheim, Olms, 1970.

B. Mandilaras, *The Verb in the Greek Non-Literary Papyri*, Atenas 1973.

Finalmente, hay que insistir que, lo mismo que en lo que se refiere a la tarea lexicográfica propiamente dicha, en lo relativo a las formas flexionales existe siempre una cuestión previa de edición. El ideal consistiría en recoger no sólo las formas tal como las dan los editores, sino sus variantes en los diversos manuscritos, inscripciones, papiros. Pero esto, aparte de ser imposible, no solucionaría tampoco la cuestión; habría que separar los errores, lo que implica una tarea de edición. El lexicógrafo (y el gramático) sólo en casos especiales pueden convertirse también en editores. Lo esencial, entonces, es que las referencias sean claras y unívocas, haciéndose ver qué edición se sigue en cada caso; y, cuando se propone otra cosa, bajo la autoridad de quién se hace.

3. *Sintaxis*. Indirectamente la Lexicografía incide sobre la Sintaxis:

a) Un Diccionario recoge palabras eminentemente sintácticas; artículo, preposiciones, ἄν, etc. Es imposible redactar estos artículos sin hacer al

tiempo una descripción sintáctica del uso. Por otra parte, dentro de un mismo artículo hay que distinguir, con frecuencia, entre el uso de la voz activa y el de la media, el del aoristo y el perfecto, etc. Todo esto lleva al lexicógrafo al terreno de la Sintaxis; en realidad, es un terreno mixto o común. No se puede hacer lexicografía desentendiéndose de los problemas que surgen de aquí.

b) El estudio distribucional de las acepciones de las palabras nos lleva otra vez a la Sintaxis, al describirnos las construcciones de cada palabra y la repercusión de estas distribuciones en el significado de las mismas.

La lexicografía griega puede aportar materiales importantísimos a la Sintaxis, que en ocasiones recibe tratamientos demasiado esquemáticos, por trabajar con escaso material o dejar en la penumbra alguno. Un estudio inductivo, a partir de los datos, de las categorías y funciones sintácticas, de las construcciones, debería ir precedido de un riguroso despojo de los datos¹.

Ahora bien, también en este terreno hay que tener presente que el lexicógrafo debe por fuerza de trabajar sobre ediciones y que éstas, a veces, regularizan la sintaxis. Hay un círculo vicioso; ciertas ideas sintácticas llevan a regularizar indebidamente los textos, y estos textos regularizados llevan a su vez a confirmar las ideas regularistas en Sintaxis. No es el lexicógrafo el llamado a romper este círculo. Pero, de todas formas, aun dentro de las limitaciones que le son impuestas, puede aportar muchísimo a un planteamiento más realista y menos esquemático de los problemas sintácticos, sobre la base de una descripción más exacta y completa.

III. LEMAS

Deben agruparse dentro de un mismo lema las formas flexionales pertenecientes a un mismo paradigma. Es decir, es lógico que se den bajo el mismo lema en un Diccionario las variantes dependientes del uso de varios alfabetos o de evoluciones puramente fonéticas, con la única condición de notar estrictamente los datos. Pero no pueden pertenecer al mismo lema variantes morfológicas de la forma notada convencionalmente como lema: el nominativo de sg. de los nombres, adjetivos y pronombres y la 1. pers. sg. del presente de indicativo activo de los verbos. Todo lo más, cuando los lemas así resultantes quedan distanciados en el Diccionario, es lógico incluir referencias de unos a otros.

¹ Véase un tratamiento programático del tema en mi comunicación al XI Congreso de Lingüística, «Problemas y métodos de la descripción sintáctica» (en los *Proceedings* II, Bolonia, 1975, pp. 793-798 y en *Estudios de Semántica y Sintaxis*, Barcelona 1975), donde amplío cosas dichas en *Lingüística Estructural*², Madrid 1974, p. 582 ss. El método está empleado en J. López Facal, *Los usos adverbiales del acusativo, dativo y genitivo en la lengua de Heródoto*, Madrid 1974, y en la tesis inédita de A. Martínez Valladares, *El sistema de las preposiciones en Tucídides*, Madrid 1972, con antecipos publicados en *RSEL* 3, 1973, pp. 185-194 y *Emerita* 38, 1970, pp. 53-4.

La inclusión de formas de alfabeto o grafía diferente bajo un solo lema y también de las de diferente fonética sólo puede obtenerse siguiendo un criterio convencional. En el *DGE* ha sido adoptado el de seguir el alfabeto jónico y la grafía y fonética del ático, con algunas excepciones: escribir sin contraer los verbos contractos y dar los grupos no áticos $\rho\sigma$ y $\sigma\sigma$ en vez de $\rho\rho$ y $\tau\tau$. A veces el sistema obliga a dar referencias del tipo: $\acute{\alpha}\epsilon\acute{\iota}\rho\omega$ v. $\acute{\alpha}\acute{\iota}\rho\omega$, dándose dentro de $\acute{\alpha}\acute{\iota}\rho\omega$ la forma $\acute{\alpha}\epsilon\acute{\iota}\rho\omega$. Pues todo lema debe incluir una parte inicial referente a esta clase de variantes.

Ahora bien, cuando conocemos una forma dialectal, pero no existe o no se ha transmitido la correspondiente ática, es la forma dialectal la que constituye el lema, no deben reconstruirse formas inexistentes.

En cambio, cuando intervienen diferencias morfológicas es lógico que se conviertan en lemas independientes formas como:

$\acute{\alpha}\acute{\iota}\delta\omicron\mu\alpha\iota$ y $\acute{\alpha}\acute{\iota}\delta\acute{\epsilon}\omicron\mu\alpha\iota$
 $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\epsilon}\chi\omega$ y $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\iota}\sigma\chi\omega$
 $\acute{\alpha}\chi\epsilon\acute{\upsilon}\omega$, $\acute{\alpha}\chi\acute{\epsilon}\omega$, $\acute{\alpha}\chi\omicron\mu\alpha\iota$, $\acute{\alpha}\chi\nu\mu\alpha\iota$ y $\acute{\alpha}\kappa\alpha\chi\acute{\iota}\zeta\omega$
 $\epsilon\acute{\iota}\lambda\lambda\omega$, $\epsilon\acute{\iota}\lambda\lambda\acute{\epsilon}\omega$, $\acute{\iota}\lambda\lambda\omega$ y $\epsilon\acute{\iota}\lambda\lambda\omega$
 $\delta\iota\alpha\acute{\iota}\tau\eta\mu\iota$, $\delta\iota\alpha\acute{\pi}\acute{\epsilon}\tau\alpha\mu\alpha\iota$, $\delta\iota\alpha\acute{\pi}\acute{\epsilon}\tau\omicron\mu\alpha\iota$ y $\delta\iota\alpha\pi\acute{\epsilon}\tau\acute{\alpha}\nu\mu\iota$

El problema principal está en los verbos. Con frecuencia a dos o más temas de presente, que corresponden a distintos lemas, corresponde un solo tema en otros tiempos: $\acute{\alpha}\mu\pi\epsilon\sigma\chi\omicron\nu$ frente a $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\epsilon}\chi\omega$ y $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\iota}\sigma\chi\omega$ por ejemplo. En casos como éste parece que ese otro tiempo debe incluirse bajo el presente más antiguo o frecuente o el que dé la relación más regular; por supuesto, siempre que la semántica no aconseje una adscripción concreta. En todo caso, un sistema de referencias es indispensable.

Estos problemas derivan de que el verbo griego sólo en medida reducida comporta un sistema de conjugación regular y sistemático. En buena medida los temas son todavía independientes y su relación recíproca, defectiva o indefinida. En estas circunstancias hay algo de arbitrario en la lematización.

Esto se ve bien, sobre todo, en el caso de los verbos polirrizos, donde nos encontramos con problemas como el de si incluir $\epsilon\acute{\iota}\mu\iota$, como futuro, en el paradigma de $\acute{\epsilon}\rho\chi\omicron\mu\alpha\iota$ o el de si dar a $\lambda\acute{\epsilon}\gamma\omega$ un aoristo $\epsilon\acute{\iota}\pi\omicron\nu$ o lematizar éste independientemente. El problema es, en el primer caso, que $\epsilon\acute{\iota}\mu\iota$ es con frecuencia presente; en el segundo, que $\lambda\acute{\epsilon}\gamma\omega$ conserva a veces el significado 'recoger' y $\epsilon\acute{\iota}\pi\omicron\nu$ no lo tiene. Son casos de semiintegración, que pueden resolverse en los dos sentidos (el *DGE* lo hace en el de la independencia).

Otras veces, inversamente, una forma verbal tiende a independizarse; así *LSJ* lematiza $\acute{\alpha}\mu\acute{\epsilon}\lambda\epsilon\iota$ independientemente de $\acute{\alpha}\mu\epsilon\lambda\acute{\epsilon}\omega$, nosotros lo incluimos en este verbo.

El problema no es sólo de verbos. Veamos algunos casos más:

a) Los comparativos y superlativos de distinta raíz que el positivo tienen en buena medida sentidos independientes. Lematizar bajo $\acute{\alpha}\gamma\alpha\theta\acute{\omicron}\varsigma$ el gran número de comparativos y superlativos que se le asignan obligaría o a perder

los matices significativos de éstos o a asignarles apartados independientes, casi como lemas.

b) Hay el problema de la relación de nombres y adjetivos. Lo habitual, es dar dentro de los adjetivos las formas sustantivadas, en apartados independientes, cuando se trata de formas neutras. Pero las formas femeninas sustantivadas se dan a veces en artículos independientes; otras veces no, ἡ σοφιστική va dentro de σοφιστικός. En ocasiones la separación en lemas ocasiona problemas: hay ἀμέρεια 'indivisibilidad' y sólo un ejemplo de uso adjetival (ἀμερείην) que, al darse como lema independiente, obliga a «inventar» un masculino ἀμέρειος.

c) También ocasiona dificultades la separación de adjetivos y adverbios. Hay una cierta tradición de incluir los adverbios en -ως dentro de los lemas de los adjetivos en -ος, como si fueran formas flexionadas, y también los neutros adverbiales en -ον; en cambio se suele dar lema independiente a los adverbios en -ί o -εί. Y, por supuesto, a un adverbio como ὡς. Todo esto es bastante convencional. Y también el tratamiento que se dé a los adjetivos derivados de adverbios: de ἄγχι hay ἄσσον (usado adverbialmente y ἄγχιστος, también ἄσσοτέρω y ἄσσοτάτω y nuevos adjetivos ἄσσότερος y ἄσσοτάτος. En todo caso, un buen sistema de referencias es indispensable.

Una buena lematización es indispensable y no siempre fácil. Por no hablar de errores groseros, como πέμπων 'cinco' lematizado bajo πέμπω en el *Index Verborum zur frühgriechischen Lyrik* de Fatouros (Heidelberg 1966), la verdad es que en este dominio se encuentran una porción de cosas que deben mejorarse: *ghost-words* o «palabras fantasma» que desaparecen en las nuevas ediciones o en las nuevas lecturas de inscripciones y papiros (en el prólogo a nuestro *DGE* las ejemplificábamos con αἰθερολαμπής); inconsecuencias como, por ej., la de dar junto al nombre en -τής los en -τρίς o -τρία ya como lemas independientes, ya como variantes de género del mismo lema: unión arbitraria de dos lemas en uno (ἀνοσία 'falta de enfermedad', de νόσος, y 'maldición', de ὄσιος, como un solo lema en *LSJ*); etc.

Hay que hacer constar que, con cierta frecuencia, sobre todo en inscripciones y textos papiráceos, la aparición de nuevos lemas o la atribución de una forma a un lema u otro depende de una interpretación filológica nada fácil. Y que otras veces, el proceder usual de dar junto a un nombre su genitivo y junto a un adjetivo las formas con moción, sólo por conjetura puede seguirse, por faltar datos.

Al hacer la lematización, insistimos, nunca debe perderse de vida el punto de vista del que vaya a usar nuestro Diccionario o colección de formas; debe encontrar fácilmente todo el material que le interese. Por otra parte, una atención a la economía de espacio es a veces comprensible, evitando referencias a formas que aparecen inmediatas o, incluso, relajando ciertas normas. Nosotros damos, por ej., en lo relativo a étnicos en un solo lema las formas Ἀλλόβριγες, Ἀλλόβρογες y Ἀλλόβρυγες. Fuera de los étnicos, es a veces imposible separar adjetivos en -ειος y -ιος, que mezclan los manuscritos.

IV. PROSODIA

Un Diccionario griego debe recoger las cantidades de las vocales allí donde el alfabeto no es suficiente para notarlas y tampoco se deducen de los hechos morfológicos: una $\bar{\alpha}$ y una $\check{\alpha}$ son distintos fonemas; como puedan serlo una η y una ε . Claro está, que sólo podrá hacerse cuando haya datos suficientes para ello.

También es indispensable notar hechos prosódicos no ya generales del griego, sino dependientes de un uso establecido por tal o cual dialecto, género literario o poeta; así, en el caso del grupo de vocal seguida por *muta cum liquida*. Y las irregularidades o arbitrariedades métricas de los diversos poetas, en este caso y en el más general de las cantidades de las vocales en final o sílaba abierta.

Efectivamente, la prosodia consiste en una serie de hechos lingüísticos generales y en un aprovechamiento particular de posibilidades de la lengua. Es tan digna de estudio como las variantes fonéticas. Solamente, no podemos hacer otra cosa que recoger con el máximo cuidado los hechos existentes, no generalizar ni inventar. Debe darse bien en el mismo lema, bien, cuando esto crea problemas tipográficos, a continuación. Ello es indispensable para estudios etimológicos, métricos y lingüísticos en general; también, para separar lemas y establecer familias de palabras.